

hijo de Emilio Scauro, quien se dió muerte, cuando le notificó su padre que no se mostrase más en su presencia.

Si los cimbros vencedores hubieran continuado su marcha sobre Roma, la redujeran de cierto al último apuro. Pero como habian citado á los teutones á orillas del Pó, hicieron allí alto para aguardarles. Enervaron su índole brutal las delicias de un hermoso cielo, como el pan, el vino, la carne cocida; y en vez de los teutones llegaba Mario con un ejército envaletonado por la victoria. Como le enviasen los cimbros diputados, encargados de decirle que caerian sobre Roma si no se les daban tierras para ellos y para sus hermanos los teutones: *No os cuideis de vuestros hermanos*, les respondió, *ya tienen tierras; se las hemos dado y las conservarán eternamente*. Boierix, su rey, fué en persona al campamento romano para asegurarse de que los teutones habian sido derrotados, viendo sus prisioneros, y para que Mario eligiera el sitio y el día del formidable reto. Quedo señalado para fines de Julio en una llanura cerca de Verceli, donde los cimbros no podian desplegar todas sus fuerzas. La disciplina y la habilidad con que Mario supo sacar ventaja del sol y del viento, determinaron la victoria en favor suyo. (30 de Julio de 101.)

Atrincheradas las mujeres cimbras en el campamento, se vistieron de luto; solicitaron ante todo que su pudor fuera respetado y que se las hiciese esclavas de las vírgenes sacerdotisas del fuego. Cuando vieron desechada su justa demanda dieron muerte á sus hijos, y luego pusieron termino á su existencia propia, ahorcándose de las astas de los bueyes. Dejaron sus cadáveres bajo la guarda de los perros de la horda, á los cuales fué imposible alejar de aquel sitio hasta que los exterminaron á flechazos.

Cuéntase que perecieron en aquella batalla ciento veinte mil cimbros, y de los romanos solo trescientos. Aun cuando el cónsul Catulo tuvo el principal mérito, el favor popular atribuyó á Mario toda la gloria del triunfo. Tributarónsele honores sobrehumanos; fué proclamado tercer Rómulo y comparado á Baco; envenecido él mismo con su fortuna no bebía mas que en la copa, de que, segun la tradicion, se habia servido aquel Dios, despues de la con-

quista de las Indias. Fueron distribuidos los prisioneros entre las ciudades como esclavos públicos, ó destinados á los juegos como gladiadores. Y Mario, honrado con un sexto consulado, pudo desde entonces todo cuanto quiso.

CAPITULO XXX

Guerra social.—Sila.

Mario ha sido retratado como un furioso, ávido de sangre por la faccion aristocrática, no limitándose á reprimirla, sino llegando hasta insultarla. Aun cuando no nos sintamos naturalmente poco inclinados, segun ha podido verse, á ensalzar á los héroes, nos parece reconocer en la conducta de Mario un sentimiento de interés en favor del infimo pueblo, en favor de los oprimidos, y en general de todos los italianos, que, en nuestro concepto, no se puede imputar á astucia política siempre. Dotado de un genial duro, que la educación no habia moderado, de gran valor en la guerra, no descubrimos á pesar de todo, que la aconsejase nunca, antes bien se mostró por intervalos deseoso de sosiego. Era desgracia de Roma que nadie pudiera llegar á ser jefe del Estado antes de haber exterminado á una multitud de extranjeros, y para esto se necesitaba haberse acostumbrado en los campos á un mando rígido, á una voluntad despótica, á la crueldad. Tales eran los defectos contraidos por Mario; mas no manchó su nombre con bajezas ni deslealtades, tan comunes en sus contemporáneos. El oro de Yugurta no ejerció sobre él influencia alguna; fugitivo su enemigo Sila, se refugió en su casa y él le salvó. Despues exclamó: *El estruendo de las armas me impide oír la voz de la ley*.

Era descendiente Este Sila, á quien ya hemos mencionado y del que nos queda mucho que hablar, de la ilustre familia de Cornelia. Pasó su juventud en toda clase de excesos, como era costumbre entonces; despues, cuando la cortesana Nicopolis, que le amaba tiernamente le hubo legado al morir todas sus riquezas, el gusto á los placeres se cambió en él en amor á la gloria. Dejóle en Italia como á un afeminado, Mario, á quien se le habia dado como cuestor en la guerra de Numidia; pero cuando pasó á Africa con la reserva, se mostró intré-

pido en la pelea, exacto en su deber y más hábil que Mario en el arte de conciliar los ánimos. Es verdad que desde que se sentaba en la mesa deponia su severo aspecto para convertirse en alegre y locuaz; no queria oír hablar de negocios, entregándose enteramente á bailarinas, cantatrices y al amor. Con la idea de libertarse de la envidia, atribuía los resultados que obtenia á la fortuna, y procuró demostrar, en las memorias de su vida que escribió, que las cosas que habia ejecutado sin prever, le habian producido mayor resultado que las que habia meditado; exhortaba á Lúculo, á quien eran dedicadas, á tener por cierto antes que todo lo que los dioses le mandasen en sueños.

Conservó rencor á Mario, sobre todo cuando Bocco, rey de Mauritania, dedicó á los dioses en el Capitolio un grupo donde estaba representado entregando Yugurta á Sila. Le pareció que era atribuir á su teniente la gloria de haber terminado esta guerra. De aquí procedian enemistades, que no debian apagar torrentes de sangre. Mario era violento, y Sila de una crueldad calculada. Educado Mario entre los plebeyos y campesinos, era grosero é inculto, hasta el punto de hacer construir por un artista romano, y con piedras en bruto, el templo en memoria de la derrota de los cimbros: instruido Sila en las letras griegas, cubria sus vicios con agradables exterioridades, y con ayuda de sus depredaciones reunia libros, cuadros y vasos para adornar sus palacios y la ciudad. Dejábase Mario arrastrar por su carácter, y Sila adelantaba á pasos contados hácia un fin determinado, sea cual fuere el camino que hubiera de seguir; ambos valientes en la pelea, eran avaros de honores. Obtuvo Mario seis consulados casi consecutivamente, empleando la intriga y el dinero; Sila solicitó la pretura prometiendo espectáculos como aún no se habian visto. En efecto, Bocco le proporcionó cien leones, á los que hizo pelear con hombres, como si hubiese querido por este medio indemnizar á Roma de que el Senado acababa de prohibir los sacrificios humanos.

Abandonando Mario la guerra, para ocuparse de los asuntos del Estado, propuso distribuir á los aliados las tierras ocupadas un momento por los cimbros en el Norte de Italia, á

fin de oponer una barrera á futuras invasiones, pero aún más, para hacerse partidarios los lucanos, los samnitas, los marsos, los peliños que se trasladaran en colonias. Habiéndose unido estrechamente en un triunvirato despótico al tribuno Saturnino y al pretor Glaucias, resucitó la ley de los Gracos, no tanto por favorecer al pueblo, como por oponerse á Cecilio Metelo, su antiguo protector y general, de quien se habia hecho enemigo declarado. Jefe éste de la faccion del Senado, habiendo rehusado adherirse á la ley agraria, fué desterrado; y dominando el partido de Mario en los comicios, trastornó la república usurpando los derechos del pueblo con el pretexto de protegerle.

Aspiraba Glaucias al consulado, pero Memmio le hacia una oposicion temible, y Saturnino, que ya habia usado de este medio para conseguir el tribunado, hizo asesinar á su competidor. Dió un golpe fatal este crimen á la faccion popular, porque estando investidos los cónsules con la autoridad absoluta, como en los casos extremados, fueron condenados á muerte Glaucias y Saturnino; volviéndose á llamar á Metelo, y Mario se marchó despechado á Capadocia y á la Galatia, con el pretexto de cumplir votos á la buena diosa. De vuelta en Roma, hizo construir una gran casa, pero sus groseros modales impedían que fuese frecuentada, experimentando la indiferencia pública á que están expuestos en tiempo de paz los generales ilustres por la guerra.

Habian hecho adoptar una ley Licinio Craso y Q. Mulio Escévola (95), por la cual todos los aliados que permaneciesen en Roma, sin gozar de los derechos de ciudadanía, debían volver á su patria. Fué su objeto quitar á los tribunos un instrumento de sedicion, pero esta fué la primera causa de la guerra de los aliados. Estos encontraron un protector en Livio Druso, hombre hábil, elocuente y probo, que veía los males de la patria y procuraba remediarlos.

Quejábanse los senadores de no estar encargados de los juicios, pasado que habian á manos de los caballeros, y se esforzaban por recobrarlos; suspiraba de continuo la plebe por las leyes de Graco, cuya ejecucion nunca se verificaba; despues de haber contribuido los aliados italianos con su sangre y dinero á las

conquistas de la república, querían tener parte en los votos y empleos.

Nombrado Druso tribuno, procuró conciliar los diversos intereses (92). Propuso primero devolver los juicios á los senadores, haciendo entrar trescientos caballeros en el Senado. Como acontece en los partidos moderados, el proyecto de Druso descontentó á unos y otros y excitó el tumulto; el tribuno hizo arrestar al cónsul. Ocupóse despues en conciliarse la plebe y propuso tomar en el tesoro del templo de Saturno, que contenía 1.620.829 libras de oro, la suma necesaria para la distribución de pan á los indigentes. Pidió además que todos los privilegios inherentes al derecho de ciudadanía se confiriesen á los aliados; pero tuvo por adversarios á los senadores y caballeros, y aún la misma plebe, indignada de ver á los súbditos convertidos en ciudadanos, se volvió en su contra.

Los aliados, que habían acudido en tropel á Roma para sostener la proposición de su protector, volvieron á sus casas poseídos de venganza cuando vieron que fué desechada, y se dispusieron á arrancar por la fuerza lo que se les negaba contra toda justicia. Era su intención asesinar á los cónsules en las ferias latinas. Habiendo tenido conocimiento de ello Druso, dió aviso al cónsul Filippo, aunque era su más cruel enemigo; pero pagándole éste con ingratitud le hizo asesinar; en el momento de expirar exclamó: *Nadie dirigirá la patria con intenciones más puras que las mías*. En efecto, siempre permaneció superior á la calumnia. Prometiéndole su arquitecto construir su casa de manera que nadie de la vecindad pudiera tener vistas á ella. *Constrúyela más bien*, respondió, *de manera que mis acciones puedan observarse por todos*.

Obtuvieron los caballeros la revocación de todas las leyes de Druso, como hechas contra los auspicios. Fueron citados á juicio sus presuntos autores, y una ley declaró traidor á la patria á cualquiera que en adelante propusiera admitir á los derechos de ciudadanía á los aliados italianos. No quedaba ya, pues, á éstos más recurso para obtenerlos que la rebeldía (91). Adulados por los demagogos, que deseaban su apoyo, irritados con las negativas que sufrían, habían practicado ya entre ellos inteligencias que estallaron á la muerte de Druso. Quitan la

vida los habitantes de Asculo al pretor Servilio y á todos los romanos que se encuentran en la ciudad; Pompedio Silo, valiente jefe de los marsos, se encamina con diez mil hombres á sorprender y saquear á Roma, y no varía de opinión sino por los ruegos de Cneo Domicio, á quien encuentra en el camino. Pero únense á los marsos los picentinos, los marrucinos, los ferentinos, los peliños, los camianos, los hirpinios, los apulios, los lucanios, y sobre todo los samnitas, quienes formando una confederación, no carecían de valerosos y hábiles capitanes, acostumbrados á las fatigas de los campos y á las intrigas del foro.

Esta liga se verificó en nombre de la Italia, denominación que se extendió entonces por primera vez á una grande extensión de país; fué inscrito este nombre en la bandera de los confederados, y aplicado á Corfinio, ciudad del territorio de los peliños, la cual convirtieron los aliados en su capital; tuvo su foro, su curia, su senado de quinientos miembros. Recibió los rehenes que recíprocamente se dieron, sus depósitos de armas, y se debieron elegir allí anualmente doce generales y dos cónsules. Las inveteradas divisiones de este desgraciado país habían convencido á los insurrectos que no era posible formar un solo estado, y que convenía mejor reunir aquellos que existían por lazos de confederación sólida.

Jamás había sido amenazada Roma desde su engrandecimiento por enemigos tan cercanos, ni había estado en tan gran peligro; pues si la victoria fuera favorable á los rebeldes, todos los pueblos subyugados se hubieran rebelado á su vez, reduciéndola á los primitivos límites de su antiguo territorio. Multiplicó, pues, los reclutas y generales. Fué enviado el cónsul Lucio Julio Cesar al Samnio; el otro, Publio, Rutilio contra los marsos (91): tenía el primero por tenientes á Cn. Pompeyo, padre del gran Pompeyo, C. Q. Cepion, C. Perpenna y Valerio Messa la; y el segundo á P. Lentulo, Cornelio Sila T. Tidio, P. Licinio Craso y M. Marcelo, en una palabra, todos los más afamados por su valor. Cada uno de estos generales tuvo que mandar con el título de proconsul una división; se les autorizó además á operar donde y como mejor les pareciese, prestándose siempre apoyo unos á otros. Olvidando los etruscos sus anti-

guos esfuerzos por defender la independencia nacional, desertaron de la causa italiana, como también los ombrios, y los príncipes de Oriente enviaron socorros á Roma, y el pretor Sertorio condujo allí un cuerpo de galos.

Hicieron la guerra con éxito el samnita Vecio Caton y el marso Pompedio Silo; rechazaron á Pompeyo de Ásculo, derrotaron á Julio César en el Samnio, hicieron huir á Perpenna, mataron ocho mil del ejército consular, y entre ellos al mismo Rutilio. A esta noticia, Roma vistió luto, los magistrados depusieron su dignidad, doblóse el número de centinelas y las calles se pusieron en estado de defensa. Dividióse el ejército de Rutilio entre Cepion y Mario. Dejóse el primero engañar por Pompedio, quien, fingiendo venir á entregarse con sus hijos y regalos, le atrajo á un desfiladero, donde encontró la derrota y la muerte. Mostró Mario por su parte en esta guerra una lentitud, que no se sabe si imputársela á cobardía ó atribuirla á la debilidad causada por los años. Sin duda que él no podía encargarse de pelear contra aquellos italianos que pretendían obtener á viva fuerza, lo que él quería que se les concediese como favor. Permanecía pues á la defensiva, y cuando Pompedio le dirigió estas palabras: *Si eres tan gran general como se dice, acepta el combate*; él le respondió: *Si eres tan gran general como crees, fuérame á combatir á pesar mío*; despues, con pretexto de estar enfermo, resignó el mando y volvió á Roma.

Aumentábase en tanto con sus victorias el número de los aliados; abrazaron su partido los ombrios y los etruscos, habiendo además Papio libertado á Venusia, en la que estaba prisionero el hijo de Yugurta, Oxinitas, siendo causa las deferencias de que fué objeto por tratársele como á rey, de que los numidas desertaran en tropel del ejército romano, viéndose también él en la precisión de enviar su caballería á Africa. Armó Roma hasta los libertos formando con ellos doce cohortes que envió de guarnición á las ciudades marítimas, consiguiendo de este modo poner en campaña todas las legiones contra los ombrios y los etruscos; alcanzó la victoria pero le costó bien cara.

Tan encarnizada era esta guerra como todas aquellas cuyo fin es hacer triunfar un principio. Vencido un general por los romanos, en

el Piceno, convoca á sus amigos y se dá muerte; cercados cuatro mil hombres en el Apenino, déjense morir de frío primero que entregarse. Había prometido Judalicio de Asculo á su sitiada patria, acudir á su socorro en un día señalado; y aunque sus conciudadanos, que debían secundarle haciendo una salida, fuesen contenidos por el enemigo, se abre paso á la cabeza de ocho cohortes y penetra en la ciudad; pasa allí á cuchillo á toda la facción romana y hace una tenaz defensa; pero encontrándose en la imposibilidad de sostenerse por más tiempo, celebra un banquete bajo el vestíbulo del templo, bebe una copa envenenada y tendiéndose en su lecho para morir, encienden sus soldados la pira que debe quemar al más valiente de los asculanos y á los dioses de la patria. Vióse asimismo por parte de los romanos á un cuerpo que, descontento de su general, se amotinó en su contra y le hizo perecer; pero en expiación de este crimen se precipitaron los soldados sobre los enemigos matándoles diez y ocho mil.

Calcúlase en trescientos mil el número de hombres que sucumbieron en esta guerra. Reconoció, por fin, Roma que no conseguiría, con la sola ayuda de la fuerza, doblegar las cabezas siempre nacientes de la hidra. Hizo, pues, adoptar Julio César una ley que admitía á los derechos de ciudadanos romanos á todos los ombrios y latinos que hubieran permanecido fieles. Resultó de esto entre los confederados defecciones tanto más numerosas, cuanto que la misma fortuna les abandonó, y vencedores Sila y Pompeyo hacían derramar torrentes de sangre. Habiendo pedido en vano nuevos socorros á Mitridates, y no pareciéndoles ya Corfinio bastante segura, trasladan su capital á Æsernia, en el país de los samnitas. Hallábanse ya sometidos á Servio Sulpicio y Pompeyo los marrocinios, los vestinos y los peliños. Vesio, jefe de estos últimos, es vendido por los suyos y conducido prisionero á presencia del consul; pero apoderándose de una espada uno de sus esclavos le hiere y esclama: *He libertado á mi amo, á mi ahora*, y se dá la muerte. Fueron los marsos dominados á su vez; siendo muerto Pompedio en Apulia, cuando sólo le quedaban veinticinco mil esclavos á quienes había ya libertado. Confirieronse, por último, á todos los aliados de Roma los derechos de ciudadanos, sien-

do excluidos de este número muy pocos italianos.

Habían sido amontonados los nuevos ciudadanos en ocho tribus que votaban las últimas; de lo que resultaba que, por lo comun, no se recogía su sufragio. Deseosos los marsos, ombrios y etruscos de ejercer el derecho que habían adquirido, venían desde lejos y llenaban el Forum y el Campo de Marte; despues, viendo, ó que no se les consultaba ó que su voto no era apreciado, temblaban de cólera y pedían que el derecho produjese su efecto. Acariciábales Mario, ya fuese por simpatía italiana, ya fuese por ambición. Hizo proponer, pues, por su amigo el tribuno P. Sulpicio una ley, en virtud de la cual, habiendo obtenido todos los italianos el derecho de ciudadanía, debían repartirse en las treinta y cinco tribus y colocarse bajo un pié de igualdad con los demas ciudadanos.

Acudió Sila á oponerse á esta ley, disponiéndose á distraer al pueblo en caso de necesidad con solemnes fiestas. Pero habiendo armado Sulpicio sus satélites entró en el templo de Cástor, donde estaba reunido el Senado, y dispersó la asamblea. Cayó muerto el hijo de Pompeyo en el tumulto; refugióse Sila á casa de Mario, su mortal enemigo, y absteniéndose éste de toda violencia, se contentó con la promesa que le hicieron de suspender las fiestas anunciadas. Desde entonces fué fácil á Sulpicio hacer aprobar la ley, y el crédito de Mario se aumentó de tal manera, que fué nombrado, como lo deseaba, para el mando del ejército de Asia contra Mitridates, rey del Ponto.

Indignóse Sila, á quien se había conferido este mando, de semejante injusticia; se adelantó hácia Roma con el ejército que asediaba á los samnitas en Nolas: insulta á los pretores que le envían para aplacarle, y llega á la ciudad con la tea en la mano, amenazando incendiarla.

Sorprendido el pueblo sin armas se defiende á tejazos y á pedradas, armas plebeyas, si bien no dejan de ser harto temibles. Pero Sila prende fuego á Roma, se apodera de ella, da muerte á Sulpicio; en vano exclama el jurisconsulto Escévola: *Nunca declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los cimbro*: es pregonada la cabeza de Mario.

Congregáronse los comicios y Sila usó de la palabra como sino hubiera corrido una gota de sangre; pidió que ninguna ley fuese presentada al pueblo sin haber sido previamente aprobada por el Senado; que los comicios no se reunirían por tribus, sino por centurias; que nadie pudiera ejercer otra magistratura despues de haber sido tribuno, y que fuesen derogadas todas las leyes de Sulpicio. Enmudecía el Senado, poseído de susto: el pueblo manifestaba su descontento eligiendo magistrados opuestos á Sila, y él fingía complacerse en ver en esto una prueba de la libertad que había reinado en las elecciones. Con efecto C. Octavio, amigo de Sila, tuvo por colega en el consulado á L. Cinna, su enemigo: sin embargo, habiendo subido éste al Capitolio, cogió una piedra y arrojándola á distancia dijo: *Sea yo expulsado de Roma como hago rodar esta piedra si manifesto hostilidad contra Sila.*

Sin perder tiempo Sila mandó perseguir al fugitivo Mario. Vióse reducido el vencedor de los cimbro sólo con su hijo y su yerno á ganar de choza en choza el puerto de Ortea, donde se hizo á la vela. Tomando tierra en Circea anduvo allí errante mendigando su sustento, pasando la noche en los bosques, y ocultándose en las cañas del Liris de los asesinos que iban en pos de su huella. Encontrósele al fin atollado en el fango hasta los hombros; le echan una cuerda al cuello y le llevan contra su voluntad á Minturna. No obstante los italianos no quisieron darle muerte porque no habían olvidado sus victorias ni el interés que había tomado por la causa de los aliados; publicaron, pues, un cuento inventado sin duda en aquellas circunstancias, y reducido á que enviado un esclavo cimbro para dar muerte al proscrito, éste había exclamado:—¡Infeliz! ¿Osarás por ventura matar á Cayo Mario? Con tan terrible acento que el esclavo había huido sin descargar el golpe.

Despidiéronle, pues, los minturnos diciendo:—*Nosotros rogamos á los dioses que no nos castiguen por arrojar así de nuestra ciudad á Mario miserable y desnudo.* Le abandonaron en la playa, donde encontró una nave que le trasladó á la isla de Enaria, luego á Africa. Salvo su hijo de peligros no ménos inminentes, había llegado también á aquel punto para reclamar la asistencia del numida Hiempsal. Hallábase pro-

tegido el fugitivo por una parte con la gloria de su nombre, por otra con el pensamiento de que su partido abatido, pero no aniquilado, podía alzarse de nuevo y vengarle de un día á otro. No se atrevieron á inquietarle los magistrados romanos, cuando le encontraron sentado sobre las ruinas de Cartago.

No obstante el joven Mario fué retenido como prisionero bajo apariencia de urbanidad en la corte del rey de Numidia; pero habiéndose enamorado una de sus mujeres de aquel mancebo, favoreció su fuga, y pudo juntarse á su padre, con quien se embarcó para Italia. Allí había hallado Mario un defensor en el cónsul Cornelio Cinna, que firme y enérgico hasta la imprudencia, á pesar del juramento que había prestado en el Capitolio, había citado á Sila por el tribuno Virginio, para que diera cuenta de su conducta. No hallando este último seguridad para él en Italia, se hizo á la vela con rumbo al Asia, intentando atraerse las legiones, haciéndolas vencer á Mitridates.

Mas ya estaba dado el ejemplo: apoyándose Sila en los soldados les había acostumbrado á considerarse como hombres de tal ó cual general, no como defensores de la república. Un ejército había marchado contra la patria y enseñado el camino por donde debían pasar César, Antonio y Augusto. Era el principio de aquellas guerras civiles, en que no se debía ya lidiar por la libertad, sino por darse un soberano.

CAPÍTULO XXXI.

Bitinia, Armenia, el Ponto.—Guerra civil.

Ahora exige el orden de nuestro relato que hablemos de muchos estados de segunda clase, que se habían formado en el Asia Anterior. Primeramente dependían de la Persia; pero su decaimiento había consentido á diversos gobernadores declararse independientes, y mantenerse de este modo á la caída de aquel imperio, habiendo llevado Alejandro á otros puntos sus conquistas, antes de someterlos. Otros se sublevaron durante las guerras de sus sucesores. Así se formaron los reinos de Bitinia, de Paflagonia, de Pérgamo, de Capadocia, de Armenia y del Ponto, sin contar las repúblicas de Heraclea, de Sinope, de Bizancio y algunos otros

pequeños estados, que sufrieron como de costumbre la influencia de los más fuertes.

Ya hemos hablado del reino de Pérgamo. Situada la Bitinia entre el Bósforo de Tracia, el monte Olimpo y el Euxino, tenía por capital á Nicomedia, de que Constantino hizo más tarde sede del imperio mientras aguardaba á que pudiera recibirle Bizancio. Heraclea era una colonia de beocios; muy fuerte por mar, se negó á pagar el tributo impuesto por los atenienses á todas las ciudades del Asia Menor para el mantenimiento de la comun flota. Enviado Lamaco para castigarla, taló su territorio; pero acometido por una tempestad se vió reducido á rendirse á discreción á los heracleos, que en vez de tomar venganza, dieron benévola acogida á los naufragos, y les dieron libertad como prenda de paz. Primero fué gobernada Heraclea por la aristocracia, luego por el pueblo, últimamente por los tiranos; recuperó su libertad é hizo alianza con Roma. Pero habiéndoles prestado malos servicios en su guerra contra Mitridates, la destruyeron; y luego enviaron una colonia á fin de que la poblara nuevamente.

Pretendían los reyes de Bitinia hacer que se remontara su genealogía hasta Nino, rey de Asiria. Sin embargo su historia es incierta hasta Baso, quien venció á Calanto, general de Alejandro. Su sucesor Zipetes repelió las armas devastadoras de Antioco Sotero (281), contra el cual su hijo Nicomedeo llamó al Asia á los galos, que le proporcionaron la victoria. A su hijo Zelas sucedió Prusias, que produjo estragos en Bizancio de acuerdo con los rodios, é hizo la guerra á Eumeno por consejo de Anibal, á quien hizo traicion posteriormente, para alcanzar la amistad de los romanos: de vileza en vileza llegó aquel príncipe á presentarse en Roma con el traje de liberto y á mantenerse en el umbral de la Curia, declarándose esclavo de los padres conscritos, á quienes trataba de dioses salvadores. Obtuvo en galardón vasos de plata y doscientos cincuenta bajeles apresados á Gencio, rey de Iliria, con la infamia debida á los que hacen traicion al infortunio y se convierten en viles adúladores del más fuerte.

Nicomedeo II imitó la bajeza de su padre, y en breve veremos á Nicomedeo III en guerra con Mitridates.

Estaba dividida Armenia en dos partes, la